

LA INTEGRACIÓN SOCIOFAMILIAR DE LOS MAYORES

José Luis Malagón Bernal



SUMARIO:

El artículo que se presenta comienza haciendo dos preguntas que consideramos fundamentales: qué son las personas mayores y qué es la familia. Estas dos cuestiones pensamos que son importantes, porque de ellas se desprende el planteamiento posterior. Además hay que considerar que para una y otra pregunta existen muchas respuestas, que no son neutras, ni están vacías de contenido.

En el último apartado del texto se estudia la integración social de los mayores, partiendo para ello del análisis de la exclusión social, para llegar a los diferentes tipos de integración.

SUMMARY:

The article presented begins by asking two questions which we consider fundamental: what are elderly people and what is the family. We think that these two questions are important because the subsequent consideration arise from them. We must also consider that for both questions there are many answers which are neither neutral nor lack content.

In the last part of the text social integration of the elderly is studied taking analysis of social exclusion as a starting point getting round later to different kinds of integration.

I. Qué se entiende por mayores

La vejez, tal y como generalmente la concebimos, es algo que construimos culturalmente. Es decir, algo de lo que hablamos y que definimos y redefinimos a partir de categorías sociales. La vejez no tiene un umbral cronológico exacto, explícito. No obstante, la mayoría de los tratadistas cuando se acercan al fenómeno del envejecimiento lo hacen desde una perspectiva biológico-cronológica. Pero el envejecimiento no es un concepto unívoco, directo y sencillo. No se ha conseguido un acuerdo unánime a la hora de definirlo. Es evidente que todas las definiciones coinciden en expresar dos hechos y sus relaciones entre ellos:

- 1) Los efectos del paso del tiempo
- 2) Las modificaciones que sobre los seres vivos conlleva.

Los matices y las diferencias se producen, sin embargo, a la hora de concretar dónde, cómo y cuándo se localizan inicialmente esas modificaciones y a la hora de decidir si considerar únicamente factores estrictamente físicos y biológicos o incluir perfiles sociológicos, psicológicos, culturales, ambientales, e incluso filosóficos.

Hay teorías que defienden que el envejecimiento es el resultado de la acción sobre el organismo de determinadas cantidades de material tóxico o de una "acumulación de errores" en la reproducción celular que llevarían al deterioro de las funciones celulares. Se ha sugerido también que existe una hipotética sustancia irremplazable de la que existirían unas reservas que se agotarían a lo largo de la vida. Ciertas células del organismo, como las neuronas, no son capaces de dividirse y por lo tanto no pueden ser reemplazadas, y a partir de ese fenómeno se ha planteado que en la pérdida o afectación de estas células estaría la base del envejecimiento.

Para algunos parece ser que los humanos, al igual que el resto de las especies, tenemos un máximo posible "predeterminado" de duración de la vida. La llamada "teoría programada del envejecimiento" incluye conocimientos genéticos y sugiere que ciertas neuronas del hipotálamo actuarían como células marcapasos, como un reloj neurobiológico, controlando el crecimiento, desarrollo, maduración, envejecimiento y muerte. Consideran sus defensores que dicho reloj está programado para desconectarse a un determinado tiempo, aunque

admiten que esto pudiera estar influenciado por factores endógenos y exógenos (Hayflick, 1.985).

En cualquier caso, y a pesar de las diversas investigaciones realizadas hasta nuestros días, tenemos que insistir en que todavía no existe una teoría generalmente aceptada que explique los procesos biológicos fundamentales del envejecimiento, aunque se están empezando a desvelar las causas fundamentales de la involución celular (Borja, 1.998).

Frente a los enfoques biologists, diversos autores proponen otras alternativas que pudiéramos llamar teorías socioculturales del envejecimiento. Dos de las más extendidas son las llamadas "teoría del desenganche o retiro progresivo" y la "teoría de la actividad".

La primera considera el envejecimiento normal como la separación y retirada progresiva entre el individuo anciano y la sociedad. Sería el medio por el cual la sociedad puede mantener y transferir ordenadamente el poder, de manera que gente anciana en puestos claves serían reemplazadas por gente más joven que, además, son capaces para desempeñar las tareas correctamente. Se evitaría con ello, a su vez, los trastornos que pudieran ocasionar al desarrollo de funciones claves de la sociedad la muerte repentina de algunos de sus miembros importantes. De esta manera se mantendría la estabilidad social y el funcionamiento eficiente de la sociedad. (Cumming y Henry, 1.961).

Los defensores de esta teoría sostienen que este proceso es también beneficioso para la persona anciana, ya que ésta al retirarse de muchos de los roles sociales considerados propios de una persona de edad media, sería más libre para seguir sus propios intereses al margen de esos roles y obligaciones sociales.

La "teoría de la actividad" parte de la hipótesis de que sólo la persona activa puede sentirse feliz y satisfecha. El individuo ha de ser productivo y útil para los demás. Lo contrario supone un ser desgraciado y descontento. Según esta teoría, la pérdida del rol por motivo de la jubilación significa una pérdida de función. Esto lleva consigo inactividad, una limitación en el área del comportamiento, y no sólo en el área social en general, sino incluso en el terreno de la esfera familiar. Aquí, donde aún se valoraba la autoridad de los años, cada día se concede menos importancia, incluida su función clásica dentro del proceso de

enculturación de los más jóvenes. Por otra parte, debido a una necesidad constante de adaptación de la persona de edad avanzada a situaciones nuevas y de la sustitución de la información oral por la comunicación de masas, resulta superfluo el papel de los mayores como transmisores de cultura y experiencia.

Esta pérdida de función de la generación más antigua, dentro del contexto social, va acompañada de la separación espacial de los ancianos. Se han de encontrar nuevas formas de adaptación que impidan el aislamiento general de las personas mayores. Pero ninguna de las formas que se dispongan cumplen su objetivo si no tienen en cuenta el hecho de que la generación mayor ha perdido su función en la familia como potencia orientadora del comportamiento. Esta pérdida de función limita considerablemente su área funcional así como su espacio vital, con lo que se ve forzada a la inactividad y acaba sintiéndose inútil y descontenta. Es esto, precisamente, lo que se ha de evitar.

La "teoría de la actividad" fue, en principio, elaborada con vista a suplir las lagunas existentes en la "teoría del desenganche". Frente a ella considera que la clave para un envejecimiento satisfactorio se basaría en el mantenimiento de una actividad continua tanto física como familiar y social.

2. ¿Qué es la familia?

La familia es la más antigua de las instituciones y la más permanente a través de la historia. En todas las sociedades una gran parte de la vida de las personas transcurre en el seno de la familia. A pesar de todos los cambios sociales que se han producido a lo largo de todo el proceso histórico, la familia, con unas u otras características, se nos aparece en todo tipo de sociedad. La formación de la familia suele iniciarse por el matrimonio, pero no ha sido siempre obligatoriamente de esa manera, sin embargo la palabra familia se usa para referirse a la pareja matrimonial y a sus hijos. Hoy constituye un término de uso muy corriente en detrimento del de parentesco. En la actualidad se recurre a la sustitución del término parentesco por el de familia: "toda la familia asistió a la boda", cuando realmente se está refiriendo a la

parentela. De ahí que, en ocasiones, la conceptualización de la familia no sea tarea fácil, pero a pesar de todo lo borroso que parezca el término familia, constituye un signo identificatorio de todas las culturas. Ahora bien, el que este fenómeno sea universal no quiere decir que todas las familias sean idénticas en todas partes. La familia es determinada por la sociedad. Son los sistemas económicos y culturales quienes deciden qué forma adopta la familia en cada caso concreto.

Nosotros vamos a referirnos a la familia de la sociedad de nuestro tiempo y al papel que en ellas juegan o pueden jugar las personas de edad, los abuelos. Para ello prescindiremos de las grandes teorías, para basarnos en pequeñas teorías, es decir, aquellas que empíricamente tratan de descubrir secuencias concretas del cambio social y familiar. Tradicionalmente, en las sociedades preindustriales, las funciones de la familia eran del tenor de las siguientes: sexuales, reproductoras, económicas y educativas. (Murdock, 1.949).

A veces se afirma, acudiendo a los grandes principios teóricos, que en las sociedades preindustriales los ancianos gozaron de gran prestigio. Esto es relativamente cierto, debido a que aunque los estatus de edad son reconocidos en todas las sociedades, sin embargo no siempre lleva consigo la situación de privilegio. El mínimo universal incluye tres categorías: niño, adulto y anciano. En algunas sociedades los ancianos han gozado de un estatus de respeto, reverencia y privilegio, pero más que a la edad propiamente dicha es más bien a la sabiduría acumulada a través de la experiencia a lo que se rinde veneración. Han ocupado puestos de chamanes, magos, sacerdotes, etc., es decir, han destacado en el sobrenaturalismo en general. Estas situaciones privilegiadas aparecen - no siempre - en los pueblos de economía sedentaria, pero son prácticamente inexistentes en los pueblos cazadores y recolectores, en los que la protección del anciano es un lujo que no se podían permitir, apareciendo entonces el senilicidio.

Con la industrialización y la urbanización aparece la familia moderna, la cual ve mermada sus funciones tradicionales. Precisamente la evolución del matrimonio y de la familia constituye un dato revelador de la transformación profunda que se produce en la realidad social a partir de tales acontecimientos. A comienzos del siglo xx se da un importante contraste entre las familias ricas y las familias pobres.

Mientras que las primeras disponían de un espacio suficiente distribuido en varias habitaciones que garantizaba la holgura e independencia de sus miembros, los pobres por su parte - obreros y campesinos - se apiñaban en viviendas compuestas por una sola habitación o dos a lo máximo. Los rasgos de esta situación perduran hasta prácticamente la primera mitad del siglo xx. El tipo de familia que se impone es la llamada nuclear, compuesta por una pareja casada y sus hijos solteros. (Aries, 1.990).

A partir de los años cincuenta se da el gran salto hacia la modernidad. El bienestar empieza a generalizarse gracias a la intervención del Estado. La familia se privatiza cada vez más, perdiendo progresivamente las funciones que hacían de ellas una microsociedad. La educación de los niños ha abandonado la esfera doméstica. La familia deja, pues, de ser una institución para convertirse en un simple lugar de encuentro de la vida privada. (Aries, 1.990:87).

La progresiva nuclearización de la familia ha traído consigo la ausencia de autoridad de los padres sobre los hijos adultos, aunque ello no ha significado la extinción de la relación entre padres e hijos después del matrimonio de éstos, y los nietos han seguido teniendo una gran significación para los abuelos. La relación abuelo-nieto ha sido un tema poco investigado y poco analizado. Ello sea debido quizás a que la autonomía de los adultos jóvenes significa que no son meramente hijos de sus padres y que su prole constituye ante todo "sus hijos" y no los "nietos de sus padres". Sin embargo, a pesar que la familia de nuestro tiempo se caracteriza por la modalidad nuclear compuesta por padre-madre e hijos menores de edad, las últimas investigaciones han puesto de manifiesto que pueden establecerse vastas redes de parentesco, por lo que los contrastes entre las formas de familia extensa y nuclear se hacen más fluidos. (Bott, 1.990).

Las redes familiares se consideran un arma eficaz socialmente, ya que la gente no solamente puede sino que quiere ayudarse mutuamente y que toda ayuda para que sea totalmente útil es mejor si forma parte del contexto social de la persona. La proximidad física de los parientes con respecto a la familia posibilita la intimidad, pero no la hace inevitable. Es muy difícil para una familia, especialmente si tiene niños pequeños, mantener relaciones estrechas con parientes geográ-

ficamente distantes. Ahora bien, si los parientes viven cerca, dicha familia puede mantener un estrecho contacto con ellos, aunque no esté obligada a hacerlo. En nuestro contexto social detectamos la existencia de relaciones entre hermanos y primos hermanos, alcanzando verticalmente a los abuelos.

El desfase entre la edad de jubilación y la edad en que la vejez es biológicamente perceptible es un hecho constatado. La jubilación es un paso desde un tiempo social caracterizado por el trabajo a otro tiempo caracterizado por el ocio. Es un cambio de vida que afecta a todo el que lo padece y constituye un trauma para quien no lo desea. Se vive este fenómeno de diferente forma según el género de la persona. La mujer o bien se ha desenvuelto siempre en el espacio doméstico y no se percibe del cambio, o bien ha trabajado por cuenta ajena y, en este caso, ha distribuido su tiempo entre el trabajo y las tareas domésticas, por lo que también su incidencia es menor. Otro factor influyente en la jubilación es el tipo de actividad laboral que se haya desarrollado. Desean la jubilación temprana aquellas personas poco cualificadas y con trabajos duros, mientras que desean su retraso aquellos que tienen trabajos socialmente valorados y perciben altas remuneraciones. Sea como fuere, lo cierto es que vivimos en una sociedad caracterizada por la proliferación de personas mayores, con una doble característica:

- a) "envejecimiento del envejecimiento", en el sentido de que ha aumentado en términos absolutos y relativos el número de personas mayores de 85 años, las cuales demandan una cobertura asistencial adecuada a sus características.
- b) aumento de los "jóvenes jubilados", ya que a los 60 y 65 años se encuentran en condiciones de llevar una vida activa. Con esta edad se puede seguir haciendo deporte, viajar, conducir, etc. Lógicamente pueden seguir desempeñando diversos papeles en la sociedad, entre los cuales - que no el único - se encuentra el rol de abuelo.

Sin embargo, investigaciones llevadas a cabo por Tartler (1.961) ponen de manifiesto que en la sociedad industrial las personas jubiladas pierden roles y funciones, entre las que destaca la pérdida de la función socializadora de la familia donde los ancianos eran uno de sus agentes. Por su parte Riesman (1.956) señala que se suele poner en tela de juicio que los abuelos contribuyan a la educación de los nietos. También la antropóloga Margaret Mead (1.970) desarrolló la teoría del "abismo generacional", afirmando que hoy en día no hay ancianos que sepan lo que los niños ya saben.

Esta pérdida de función limita considerablemente el radio de acción de las personas mayores, así como su espacio vital, con lo que se ven forzados a la inactividad y acaban sintiéndose inútiles y descontentos. Pero la descripción de esta situación no debe llevarnos al desánimo, sino todo lo contrario. A partir de estos conocimientos, la labor práctica que se ha de desarrollar con los ancianos incluye la activación de los mismos. Para ello nada mejor que contar con las personas mayores como recursos de la comunidad a la que se hayan vinculados, ya que después de la familia se nos aparece la comunidad como nivel de participación e integración. La familia constituye un importante campo de interacción durante todas las etapas del ciclo vital de los individuos, pero el otro campo de acción lo constituye la comunidad, sobre todo a través de las instituciones sociales y educativas. A través de los servicios sociales comunitarios el educador social atenderá directamente al grupo de personas mayores, que constituyen un importante sector de intervención de estos profesionales.

3. La Integración social de los mayores

Es evidente que el anciano tiene unas potencialidades de actuación, pero que hay que desarrollarlas. El anciano padece una doble marginación:

- a) La mayoría de los ancianos sufre una marginación receptiva, fundamentalmente de tipo económico. No tenemos que hacer mucho esfuerzo para darnos cuenta de que las pensiones muchas veces no permiten que este tipo de personas puedan

llevar una vida digna y libre de preocupaciones pecuniarias, lo cual hipoteca toda una serie de posteriores intereses que le conduzcan a un pleno desarrollo humano. Mientras no se tengan cubiertas las necesidades de tipo primario, las secundarias no aparecen. Mientras que el anciano no tenga medios suficientes para la adquisición de los bienes necesarios que le proporcionen un bienestar mínimo, difícilmente se va a ocupar de la consecución de bienes culturales y educativos, a no ser por una estimulación dirigida.

- b) Igualmente se da una falta de participación contributiva, ya que al no constituir todavía los ancianos grupos de presión no influyen en las decisiones sociales importantes. Al estar excluidos del proceso de producción, su participación es poca, pues una sociedad cuyo principal basamento es la rentabilidad económica, lógicamente trae consigo la exclusión de las personas improductivas, de entre las cuales los ancianos constituyen el grupo más numeroso.

Hemos hablado de una doble marginación de la población anciana: económica y social, pero nos hemos quedado cortos, estas personas sufren aún más marginaciones que no nos hemos detenido a considerar. Hay cuestiones como la falta de una asistencia sanitaria específica, cual sería la inclusión de la geriatría y la podología en la seguridad social para ancianos, etc. No cabe duda que la eliminación de los problemas económicos, sociales, sanitarios, etc., ayudaría a nuestros ancianos a eliminar muchas angustias que actualmente padecen.

Se hace, por tanto, necesario que la sociedad afronte esta problemática que ella misma ha generado y le dé adecuada respuesta, que ayudará a conseguir la armoniosa integración de los ciudadanos mayores en la dinámica de la vida social y comunitaria. La integración se nos aparece por dos vías:

- a) La integración formal, que tiene carácter estático y se manifiesta generalmente a través de la normativa legal. Esta integración podemos decir que nuestros ancianos la tienen realmente con-

seguida. No existe en nuestro ordenamiento jurídico discriminación hacia los mayores. Todo lo contrario, el bienestar social de los ancianos lo determina la propia Constitución.

- b) La integración dinámica, la cual viene sustentada en la solidaridad social. Esta es la más difícil de conseguir y es aquí donde nuestras comunidades, nuestros municipios y nuestros barrios tienen que dar la talla. Para sacar al anciano de su estado de abulia, pasividad y desinterés, nada mejor que motivarlos hacia la acción. Hacia una acción lúdica, pero también útil. La persona ha de sentirse necesaria a la colectividad. Los ancianos han de sentirse insertos en la comunidad en la que habitan. Los centros de servicios sociales comunitarios y los centros gerontológicos tienen que abrirse a su entorno. No pueden constituir "guetos" cerrados a cal y canto. Ha de fomentarse el asociacionismo, que los ancianos participen y vivan toda la problemática que afecta a su comunidad. Hay que contar con ellos. Son recursos personales de la comunidad. Con sus conocimientos y experiencia podrán colaborar a la solución de los problemas que se planteen en la comunidad.

Ahora bien, para conseguir la meta de integración social del anciano se hace necesario que tanto la sociedad, como la familia y los dirigentes políticos municipales tomen conciencia del problema y se habiliten los medios para su solución.

Es evidente que la integración dinámica de los ancianos en la sociedad ha de llevarse a cabo en todas las esferas para que sea tal. Pero hay una que vamos a tratar más detenidamente: la integración del anciano en la esfera educativa.

Estamos convencidos de que si la integración se produce en este ámbito, en los demás vendrá por añadidura. Constituye, pues, una pieza clave la participación de nuestros "abuelos" en la actividad social y educativa de nuestras comunidades y municipios. Repetimos que las personas mayores constituyen por sí mismas valiosos recursos de los que la comunidad debe sacar sus frutos. Este tipo de actividad constituye un auténtico intercambio generacional y lo vemos a tres niveles:

- a) Introducción en los programas escolares del tema de la ancianidad.
- b) El anciano como docente.
- c) El anciano como discente.

En cuanto al primer punto, lo interesante sería que el fenómeno de la vejez y del envejecimiento fuese introducido en los programas de la enseñanza primaria, secundaria obligatoria, bachiller y educación de adultos con el carácter de transversalidad. Los niños, jóvenes y adultos recibirían de esta forma una información y educación que se traduciría en crearle una actitud de aceptación, tolerancia y respeto hacia nuestros mayores.

La segunda cuestión hace referencia a que las personas mayores de las comunidades - pueblos y barrios - hagan llegar su "saber" y su cultura a los centros escolares y de adultos a través de actividades perfectamente programadas y no de forma esporádica e informal, sino que ha de ser planificado a lo largo de todo el curso escolar. De esta forma los ancianos recuperarían su papel de transmisores de la riqueza cultural. Esta actividad sería posible por la coordinación de los centros de servicios sociales comunitarios con los centros escolares y de adultos.

En tercer lugar, sería deseable que por parte de los Ayuntamientos se fomentase a través de los servicios sociales comunitarios la creación de "aulas de Tercera Edad", donde se desarrollen programas y proyectos destinados tanto a la formación de los ancianos como a la utilización del tiempo libre. Estas actividades irían desde la realización de ejercicios físicos hasta la celebración de seminarios sobre los más variados temas.

El objetivo de conseguir la participación de las personas mayores en la vida comunitaria constituye un reto que no es nada fácil de conseguir de forma inmediata. Los viejos de hoy siguen siendo lo que siempre fueron, espectadores de su propia vida, ya que nunca participaron en su propia realización. Cambiar, por tanto, lo que han sido durante toda su existencia, es la meta que proponemos alcanzar. Pero no se puede perder la esperanza si creemos en el ser humano, en su perfectibilidad y en su capacidad de cambio. Experiencias hay, que nos avalan tal posibilidad.

Para conseguir lo que nos hemos propuesto, el dar protagonismo al anciano en la vida social municipal, es fundamental la metodología empleada. Por ello, el educador social ha de poseer un claro dominio de la animación sociocultural, cuyo distintivo no está en "qué hace", sino en "cómo lo hace". Por tanto, la acción sociocultural será tal si se utiliza una metodología activa, donde el "animado" deja su papel pasivo para convertirse en sujeto agente.

Utilizando la metodología activa el grupo va a descubrir sus propias necesidades y va a ser agente de su propio cambio. Ni las instituciones ni el propio educador social tienen derecho a imponer su opción. Sin embargo, no se puede deducir que el educador va a estar a la expectativa. Debe programar actividades pertenecientes a los siguientes órdenes: motivación, explicación y orientación. La acción sociocultural debe partir de las experiencias e intereses de las propias personas a quienes va dirigida, por lo que la primera tarea a programar consiste en averiguar qué experiencias e intereses comunes pueden utilizarse como estímulos. De la explicación no debe abusarse, pues lo más importante es la actividad del anciano, pero a veces es conveniente recurrir a ella, tanto individualmente como en grandes o pequeños grupos. La orientación consiste en que tienen que hacerlo por ellos mismos. Debe ir dirigida en "hacer hacer" a los mayores.

Referencias

- ARIES, P. (1.970): *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus.
- BARIA, G. (1.998): *El problema del envejecimiento*, Madrid, Ariel.
- BOTT, E. (1.990): *Familia y red social*, Madrid, Taurus.
- CUMMINGS, E. Y HENRY, W. E. (1.961): *Growing old: the process of disengagement*, Nueva York, Basic Books.
- HAYFLICK, L. (1.985): "Theory of biological aging", *Revista Experimental Gerontology*.
- MEAD, M. (1.970): *Culture and Commitment*, Garden City, Natural History Press.
- MURDOCK, G. P. (1.949): *Social Structure*, Londres, Macmillan.
- RIESMAN, D. (1.956): *Die einsame Masse*, Berlín, Darmastardt.
- TARTLER, R. (1.961): *Das alter in der modernen Gesellschaft*, Stuttgart, Enke.